

JUAN VALDES PAZ (1938). Sociólogo. Dirige el Departamento de América Latina en el CEA.

## **El socialreformismo en Centroamérica**

### **En Centroamérica toda formación social reformista consecuente tendrá que aliarse al movimiento popular y a su vanguardia política**

Parece imprescindible iniciar este examen con una indagación sobre las condiciones objetivas del reformismo y sobre el espacio que se muestra hoy en América Latina y Centroamérica para el movimiento socialdemócrata.

En primer lugar, puede definirse al reformismo como el conjunto de aquellas corrientes político-ideológicas cuyas acciones o propuestas de acciones van dirigidas a realizar reformas o cambios que, sin modificar las estructuras básicas del régimen capitalista burgués, lo racionalicen y equilibren.

En general, el reformismo se halla vinculado al grado de desarrollo del régimen capitalista burgués y, en particular, a las regiones y sociedades en que se manifiesta. Ambas determinaciones se expresan en una multiplicidad de condiciones y factores —régimen de explotación, fuerzas sociales, nivel de la lucha de clases, magnitud del excedente económico, nivel de organización social, etc.—, que lo caracterizan en cada país y en cada etapa. No obstante, históricamente y grosso modo, podemos distinguir tres tipos de reformismo: a) el reformismo burgués, dirigido a la realización de reformas que hegemonicen y extiendan las relaciones capitalistas de producción en lugar de las relaciones precapitalistas existentes y que favorezcan el incremento de las fuerzas productivas y/o la producción material; b) el reformismo burgués monopolista, encaminado a la realización de cambios que favorezcan la centralización y concentración del capital, el incremento de la productividad del trabajo, la ampliación del mercado y la elevación de la tasa de ganancia; y c) el reformismo social, dirigido a una mayor participación del trabajo en el beneficio económico, a una distribución más equitativa del ingreso social entre los distintos grupos sociales, a una racionalización del régimen de explotación, a mejores condiciones de trabajo y a la defensa del medio ambiente y de los recursos naturales. Estos tres tipos de reformismo no se excluyen, sino se superponen o combinan en proporción a las fuerzas sociales que respaldan sus programas y al poder político alcanzado. Tales programas comprenden cambios o reformas que abarcan las esferas económica, jurídico-política e ideológica, pero su viabilidad constituye, por una parte, función del poder político en que se apoya y, por otra parte, del excedente económico disponible para ello.

En última instancia todas las reformas —y en particular las del reformismo social—, implican afectaciones al orden de la propiedad y al orden de la distribución de la ganancia, lo que implica, en el marco del régimen capitalista burgués, los límites de todo reformismo y el carácter precario de cualquier reforma a la que aspiren los grupos sociales dominados.

No obstante, si las condiciones son favorables —coyuntura política nacional e internacional, situación económica, influencia ideológica, organización y movilización social, etc.—, el reformismo social puede alcanzar cambios e imponer reformas que cubran necesidades y aspiraciones inmediatas de las capas populares. Así se confiere una mayor estabilidad al régimen burgués, una mayor integración de las clases y capas dominadas y una mayor organización de la sociedad civil y la sociedad política.<sup>1</sup>

Detrás de cada uno de estos reformismos, conformando su base social y su clientela política, se agrupan y expresan sectores y fracciones de las distintas clases y capas sociales, movilizados en función de objetivos de aparente interés común. Si bien la base social en que se apoyan y los agrupamientos de fuerzas sociales que se movilizan difieren en cada sociedad y etapa de su desarrollo, el predominio de uno u otro tipo de reformismo suele caracterizarse por ciertas alianzas y oposiciones de clases; a saber: a) el reformismo burgués agrupa a todas las fracciones burguesas, a la pequeña burguesía, capas medias y sectores del proletariado. Afecta a los terratenientes, al campesinado y artesanado; b) el reformismo burgués-monopolista agrupa a la fracción financiera de la burguesía y a sus sectores monopolistas, sectores de la burguesía vinculados al sector externo, sectores de la pequeña burguesía y de las capas medias. Afecta a las restantes fracciones burguesas y sectores vinculados al mercado interno, al proletariado, al campesinado y capas asalariadas en general; y c) el reformismo social, que agrupa las fracciones industrial y comercial de la burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado, el artesanado y amplias fracciones y sectores del proletariado. Afecta a los sectores de la alta burguesía y particularmente a los vinculados al sector externo.

Estas agrupaciones y alianzas se ven notablemente diferenciadas en las sociedades del centro respecto a las periféricas del sistema capitalista mundial, donde el desarrollo capitalista va acompañado de profundas deformaciones estructurales y donde el papel de las clases y de las fracciones de clase se ve alterado por la presencia imperialista y por el nivel de subsistencia de las relaciones precapitalistas de producción. Como se sabe, en todo caso dichos agrupamientos y los reformismos que respaldan se encuentran relacionados con la estructura de la propiedad y del ingreso existente, cuya redistribución se pretende.

Estas alianzas y agrupamientos sociales dan lugar a agrupaciones políticas mediante las cuales se actúa para presionar o gobernar el sistema político. Estos agrupamientos pueden ser partidos o la base de partidos políticos bajo cuya acción y programas se manifiestan los intereses representados. Entre los partidos y agrupamientos del reformismo social se destacan por su extensión geográfica y función histórica los partidos socialdemócratas.

---

<sup>1</sup> Silvio Maitán ha afirmado que “la fuerza principal de la socialdemocracia descansa en sus organizaciones de masas: organizaciones periféricas, secciones sindicales, cooperativas, organizaciones de seguro social, etc. Véase su “¿Revitalización de la socialdemocracia?”, en *La socialdemocracia hoy*, República Dominicana, 1980.

## LA SOCIALDEMOCRACIA

La socialdemocracia constituye, pues, un movimiento político-ideológico dirigido a conseguir reformas en el marco del régimen capitalista burgués; sus objetivos son equilibrar el sistema de dominación conciliando los intereses de las clases dominadas con aquellos de la fracción dominante que representen los intereses generales de la burguesía. Para ello debe a su vez representar, defender y responder a intereses inmediatos de las clases dominadas, principalmente del proletariado, las capas medias y la pequeña burguesía. En este sentido la socialdemocracia es a la vez un movimiento político “útil” a la clase obrera y funcional al régimen de dominación burgués.

El fundamento histórico objetivo que ha permitido a la socialdemocracia cumplir esta función ha sido la capacidad del régimen burgués de generar en su etapa monopolista o imperialista un excedente que le posibilite captar a amplios sectores de la clase obrera de los países centrales mediante la solución de sus demandas inmediatas, la explotación intensiva de la fuerza de trabajo y la instauración de una sociedad de consumo.

De esta manera la socialdemocracia, originalmente conformada por la clase obrera europea, ha podido alcanzar en estos países, en primer lugar, una mayor organización de masas que sirve de base orgánica al partido político, una burocracia política profesional que preserva y desarrolla la clientela política y la movilización de masa; una redistribución del ingreso económico y los bienes sociales más favorables a los sectores asalariados, capas medias y pequeña burguesía y, finalmente, un sistema político democrático representativo en cuyo marco pueda desarrollar su acción política, en la oposición o en el gobierno. Para alcanzar estos logros la socialdemocracia ha debido conformar un movimiento político, de ascendencia obrera, un partido reformista y una ideología política que sea a la par movilizadora e integradora. Así, la socialdemocracia ha podido ser una alternativa a la revolución. Como movimiento político-ideológico, la socialdemocracia es tanto un conjunto de partidos nacionales como un movimiento internacional agrupado en una organización supranacional como la Internacional Socialista. Como veremos más adelante, el carácter internacional del movimiento ha permitido influir, conformar y cooptar nuevos partidos afines en países no europeos y aun en países de la periferia —subdesarrollados de régimen capitalista burgués— de Asia, África y América Latina. Frente a la diversidad de partidos reformistas locales, vale plantearse los criterios que permitan distinguir el carácter socialdemócrata de una u otra agrupación política, independientemente de sus denominaciones y vínculos con el movimiento socialdemócrata internacional. Algunos autores han postulado los siguientes: a) proyecto de transformaciones sociales, entendido como el programa de objetivos, dirigido a reformar las estructuras socioeconómicas existentes —principalmente de la propiedad y el ingreso— en términos favorables a las clases y capas trabajadoras, pero sin modificar las relaciones de producción capitalistas; b) origen histórico-clasista y la evolución del mismo, entendido como los antecedentes de origen y evolución de la agrupación política, su filiación ideológica, organización

política, organizaciones que lo integran y a las que se vincula, etc.; c) composición social y clase hegemónica dentro de su alianza, entendida como la composición de clase, fracciones o sectores de clase que constituyen la base social y la clientela política del partido. Esta base social debe estar mayoritariamente compuesta por fracciones y sectores de las capas de trabajadores directos —fundamentalmente el proletariado y demás asalariados—, profesionales y pequeña burguesía. La hegemonía debe corresponder a las capas medias e intelectuales reformistas. Esta composición puede examinarse verticalmente de acuerdo con los niveles de la organización partidista, lo que permite distinguir entre la composición del electorado socialdemócrata, la membresía partidaria y la estructura de cuadros profesionales del partido; el posiciones prácticas en el terreno de la lucha de clase nacional e internacional, entendida como la política que se implementa y realiza por el partido, nacional e internacionalmente, en el marco de la lucha de clase y política, que se desenvuelve en la situación concreta de su país y que se caracteriza por su oportunismo y condición de intereses.

La distancia que el movimiento socialdemócrata toma respecto al movimiento revolucionario y a los partidos marxista-Leninistas, y la esperada distancia que asume de los restantes partidos burgueses, propende a que los partidos de este signo tiendan a ser partidos plurales, cada vez menos clasistas y más policlasistas, más dualistas entre sus formulaciones programáticas y sus reales políticas de gobierno.

## **EL ESPACIO SOCIALDEMÓCRATA EN AMERICA LATINA**

Los aspectos examinados y la creciente presencia de la socialdemocracia local e internacional en América Latina y el Caribe imponen examinar las condiciones que explican este fenómeno y su proyección contemporánea.

Lo primero será retener frente a los aspectos antes examinados —cuya experiencia histórica es fundamentalmente europea—, las diferencias entre Europa y América Latina respecto al reformismo en general y al reformismo social en particular. Lo segundo será la naturaleza de las contradicciones sociales y su creciente agudización en las sociedades latinoamericanas y caribeñas, todas las cuales tienen de común el carácter subdesarrollado de sus economías, el carácter dependiente de sus sociedades respecto a los países centrales del sistema capitalista mundial y la condición de países dominados por el imperialismo norteamericano.<sup>2</sup>

## **LA DIMENSIÓN ECONÓMICA**

Las economías latinoamericanas se conformaron desde el siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX como productoras casi exclusivas de materias primas para el mercado mundial —principalmente productos mineros y agropecuarios. A este patrón quedaron sujetas como apéndices de su variable demanda, crédito e inversión. El mercado internacional devenía la fuente directa de sus crisis sociales y el límite de sus relaciones capitalistas de explotación, las que se acompañaban de todas las

---

<sup>2</sup> Sólo Cuba ha superado la segunda y tercera características, y sólo Nicaragua está en situación Inmediata de superarlas.

formas de coerción necesarias para preservar el margen de beneficio de las clases dominantes locales.

A partir de la década del 30, las economías latinoamericanas —unas primero y otras después— iniciaron un acelerado crecimiento y diversificación que dio lugar tanto a una expansión del sector agropecuario como a un desarrollo industrial de carácter dependiente. Esta industrialización, basada en la sustitución de importaciones y en la ampliación del mercado interno, implicó una intensa transferencia de capitales desde el sector agropecuario al industrial y la masiva movilización de recursos humanos del campo a la ciudad. Este crecimiento, que se sustentaba en el conocido modelo desarrollista, si bien dio lugar a un incremento absoluto y relativo de las relaciones capitalistas de producción —trabajo asalariado, circulación mercantil, economía monetaria, etc.—, a una acelerada urbanización y al desarrollo del sector terciario, no logró atenuar las desigualdades sociales, generó una población marginal permanente y reforzó la deformación estructural y la dependencia de la economía latinoamericana.

A comienzos de los años 50 el crecimiento económico, que se basaba inicialmente en el ahorro nacional y paulatinamente en el capital foráneo, llegó a sus límites. Las insuficiencias del mercado interno, la falta de mercado externo y el deterioro de los términos de intercambio fueron convirtiendo a la economía latinoamericana cada vez más dependiente del financiamiento externo. Para sostener el modelo el capital local debió asociarse al capital extranjero y buscar espacio en el mercado internacional. Durante este proceso se fue produciendo una fuerte centralización y concentración del capital, principalmente en los sectores ligados al sector externo y al consumo urbano. La asociación o libre inversión del capital transnacional reforzó esta tendencia y dio lugar al surgimiento de un sector monopolístico y al inicio de una nueva fase en la economía latinoamericana, que se caracteriza por la presencia del capital monopolista y monopolista de Estado, con una fuerte presencia del capital transnacional. En esta fase el capital monopolista no se presenta como el resultado del desarrollo del régimen capitalista de producción visto en los países centrales, sino como la consecuencia de la dependencia —financiera, de mercado, tecnológica, etc.— de estas economías respecto a sus centros capitalistas desarrollados, de manera que sus estructuras constituyen una superposición de subestructuras económicas que se oponen y excluyen en una formación abocada a la crisis social permanente. Si bien se acrecientan y diversifican el producto económico, el comercio y el capital, en esta fase se agudizan las contradicciones de la etapa anterior, al caer el crecimiento de la economía por debajo del crecimiento demográfico, al polarizarse el ingreso y acrecentarse las desigualdades sociales; se acelera la crisis económica nacional y se lleva a sus límites de solvencia por la crisis internacional del capitalismo en los años 1970-1980, con su secuela de contracción del mercado, agravamiento de los términos de intercambio, escasez de capitales y desmesurada alza de las tasas de interés.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Crece la proporción del producto industrial, comercial y de servicios en el producto global. Se incrementan las exportaciones no tradicionales, se diversifica el comercio con los países capitalistas y se eleva el

Las relaciones sociales derivadas del capitalismo monopolista y monopolista de Estado agudizan todas las contradicciones de las sociedades latinoamericanas y caribeñas, las que devienen cada vez más precarias e inestables. A diferencia de los países centrales, estas economías no alcanzan excedentes o tasas de ganancias para los grupos económicos locales que les permitan propiciar políticas redistributivas del ingreso o favorecer sostenidamente a sectores de las capas medias y/o trabajadores. El crecimiento económico y la exacción imperialista impiden toda salida económica al reformismo. En este sentido algunos estudiosos han señalado que las sociedades latinoamericanas se hallan en su mayoría abocadas a optar por la culminación de su paso a la fase monopolista o a interrumpir su desarrollo capitalista e iniciar una vía socialista de desarrollo.

## **LA DIMENSIÓN SOCIOLÓGICA**

Las sociedades latinoamericanas y caribeñas se han desenvuelto con una creciente población cuya tasa media anual en el período ha tendido a rebasar o anular los efectos del crecimiento económico global, y en particular de la producción de alimentos y la creación de empleos. Esta masa poblacional, cada vez más joven, se halla afectada sin embargo por altas tasas de mortalidad, morbilidad social y presiones migratorias. La población económicamente activa ha crecido más que la población ocupada y ha dado lugar a grandes contingentes poblacionales ocupados en el sector terciario y en el informal, población desocupada y/o marginal y población emigrante.

La estructura de clase de esta población se ha venido conformando sobre formaciones sociales nacionales cuyas estructuras económicas engloban a todas las formas de producción social y a todas las fases del desarrollo capitalista. Ello determina estructuras de clase en las que si bien se produce un incremento absoluto y relativo de los trabajadores asalariados, el proletariado industrial, las capas medias y la pequeña burguesía, todas las clases y fracciones de clases presentan grandes contingentes humanos en situación de transición entre clases y/o fracciones de clases. Es, por ejemplo, el caso de los semiproletarios, campesinos, parcelarios, terratenientes empresarios, artesanos, grandes grupos en proceso de desclasamiento y el caso de los campesinos no propietarios, los sectores de profesionales “libres”, el proletariado urbano. Aunque se percibe una mayor estratificación de la población, ésta no constituye el resultado del desarrollo y/o la modernización capitalista de las viejas estructuras económicas como de las deformaciones estructurales que dan lugar a grandes grupos ocupados en el sector informal, en el sector de los servicios y en las actividades presupuestarias.

Las grandes concentraciones urbanas surgidas en la región han dado lugar a un nuevo proletariado industrial y demás asalariados y a una creciente población marginada de las estructuras de la producción y el consumo de la “economía nacional” que se

origina en la migración interna y en el desempleo urbano. A ello se viene a sumar un creciente lumpemproletariado y lumpemburguesía, ocupados en actividades ilícitas, las capas medias urbanas se polarizan entre actividades ligadas al presupuesto estatal y las surgidas bajo el capital transnacional, la burguesía acrece su fracción financiera y sectores monopolistas, la pequeña burguesía es aceleradamente asalariada. En el sector rural de la economía las relaciones capitalistas de producción han avanzado fuertemente vinculadas al capital transnacional. El incremento del proletariado agrícola ha venido acompañado por incremento del semiproletariado y de la población rural excedentaria y/o marginal. La burguesía rural ha crecido más entre los terratenientes que en sustitución de ellos. la distinción y diferencia entre clases dominantes y dominadas se ha acentuado como resultado de las relaciones de explotación vigentes y de la concentración del poder político. Así, vemos que las desigualdades entre los grupos sociales, clases y sectores de clases se han venido agudizando en términos de una mayor diferencia campo-ciudad, una mayor concentración del ingreso y de población bajo el umbral de pobreza y de miseria; una mayor desigualdad en el consumo, un mayor subconsumo y consumo suntuario, una menor disponibilidad de bienes y servicios sociales, el incremento de las lacras sociales, entre otros aspectos.

Por otra parte, las diferenciaciones étnicas entre la población y las segregaciones por nacionalidad y sexo se han agudizado como componentes de las relaciones de explotación entre las clases dominantes y dominadas de la, estructura social. De esta manera, la cuestión indígena se ha reforzado en muchos países de la región dentro de la dinámica de la lucha de clases. Precisamente el predominio de la movilidad descendente en la estructura de clase, ocupacional y del ingreso, y la polarización de las capas medias en el marco de la agudización de las contradicciones del capitalismo periférico, favorecen las tendencias radicales entre los estratos dominados y la toma de conciencia de clase entre todos los grupos sociales.

## **LA DIMENSIÓN POLÍTICA**

Como se conoce, el sistema de dominación en América Latina y el Caribe ha de verse en dos instancias: primero como el sistema de dominación imperialista en la región y segundo como el sistema de dominación local en cada una de las sociedades nacionales. En el primer caso se trata del dominio económico, político y militar mediante el cual los Estados Unidos preservan el lugar que le está asignado a la región, subregiones y países, en el sistema mundial del capitalismo y en la estrategia y en las políticas específicas del imperialismo norteamericano para la región. Este dominio no sólo asegura un nivel de dependencia y exacción económica y los intereses geopolíticos y estratégicos específicos de los Estados Unidos, sino que también determina el sistema político de los países que lo integran, al establecer los límites permisibles de sus variaciones y el grado de su autodeterminación. Según las circunstancias —correlación mundial de fuerzas, situación interna, nivel de la lucha nacional— el imperio resistirá los cambios que vayan más allá de ciertos límites: sus intereses básicos en la región y el resguardo de las clases dominantes.

En el segundo caso, se trata de este sistema de dominación de nivel local o nacional que es más bien un subsistema del único sistema de dominación donde los intereses de ambas instancias se concilian y/o complementan. Este sistema local de dominación presupone una estructura de clases y capas sociales diferenciadas como dominantes y dominadas, y un sistema político que garantice las relaciones de dominación y concilie los intereses entre las clases, fracciones y sectores de las clases dominantes.

Se sabe que el carácter de las sociedades latinoamericanas y caribeñas y su dependencia económica, política y militar al imperialismo hace que el sistema político local tienda a ser más formal que real, a que el poder político se ejerza con un mayor grado de coerción que de consentimiento y a que las clases dominantes enfrenten las sucesivas crisis de sus sociedades con una invariable recurrencia a la represión de las clases y capas dominadas. La debilidad estructural de la dominación burguesa en nuestros países se manifiesta endémicamente, tanto en el nivel de la insurgencia como en el de la violencia, así como en la insuficiencia de las instituciones políticas burguesas, cualquiera que sea su “novísima” forma. Esta debilidad la hace a su vez tributaria interesada del imperialismo norteamericano, que deviene el garante de su propia dominación y a quien se sacrifican los intereses nacionales.

Con obvias diferencias entre países y subregiones, esta situación determina por un lado que las tareas históricas de la independencia nacional y el desarrollo social no puedan ser cumplidas y/o acabadas por las clases dominantes y, por otro, que no sea posible un mayor grado de autodeterminación o de cambios sociales sin un consecuente anticolonialismo.

Resulta de sobra conocido el papel fundamental del aparato estatal desde la formación de los Estados nacionales y a lo largo de sus respectivas historias dentro del sistema político de las sociedades latinoamericanas y caribeñas.

Todas las fracciones burguesas dominantes y todas las alianzas políticas entre las clases dominantes se han expresado en el aparato estatal y en el ejercicio de su gobierno. El Estado ha sido determinante en la realización de las políticas y de los cambios requeridos: ha garantizado el sistema de dominación y la permanencia de una fracción dominante sobre otras. El acceso y control del Estado ha sido, y es, la meta priorizada de todos los movimientos sociales, ya estén integrados o se opongan al actual sistema político. Esta tendencia se ha visto reforzada en la medida en que el papel económico del Estado se ha ampliado del simple tutelaje y conducción económica al de redistribuidor del excedente económico, inversionista, propietario de bienes económicos, hasta empresario y agente capitalista monopolista.<sup>4</sup> Ello ha dado lugar al surgimiento de fracciones burguesas ligadas a la gestión económica estatal y al crecimiento de una burocracia política de singular importancia para el funcionamiento del sistema y los proyectos reformistas.

---

<sup>4</sup> Ha sido y sigue siendo fuente de enriquecimiento individual y de acumulación primaria,



La experiencia más reciente —Perú, 1969; Chile, 1970; Panamá, 1975— muestra que sin el control total del Estado no resulta posible ni promover ni sostener reformas. Igualmente, con ese Estado constituido por las clases dominantes no se pueden hacer los cambios estructurales requeridos. De esta manera, salvo en las situaciones revolucionarias que han dado origen a un nuevo Estado —México, 1913; Cuba, 1959; Nicaragua, 1979—, los demás cambios socioeconómicos promovidos, ya sean reformas económicas y sociales, redistributivas y/o de interés popular —como en el caso de los reformismos burgueses de las décadas del 30 y del 50 o de los cambios contrarreformas favorables al capital monopolista o el de los proyectos neoliberales más recientes en el Cono Sur—, todos se han llevado a cabo bajo estados de excepción: golpes de Estado, juntas militares de gobierno, tutelaje por las fuerzas armadas, etc.; es decir, afectando las instituciones del sistema político formal de las clases dominantes. De aquí se desprende que el sistema político burgués en América latina y el Caribe no haya garantizado antes, y menos ahora, la consecución de reformas.

Pero sabemos que en su manifestación formal o de excepción el Estado será siempre la expresión de ciertas fuerzas sociales que, bajo la forma de alianzas políticas, expresan la más profunda alianza entre clases sociales, fracciones y sectores de clases, en su lucha por el poder político y la hegemonía de una u otra clase o fracción de clase sobre el conjunto de la alianza. Aun cuando el imperialismo ha resistido todos los cambios en las alianzas políticas establecidas, ha llegado finalmente a asumirlos siempre que su hegemonía se mantuvo entre las clases dominantes, los cambios en los límites del reformismo burgués y sus gobiernos propendieron a la conciliación con el imperialismo. Sólo la subversión del orden de dominación ha sido inaceptable para el imperialismo; así, el caso de Cuba (1959) y de Nicaragua (1979). Ahora bien, como señalan distintos autores, el reformismo histórico en todas sus variantes ha sido hegemonizado por la burguesía en América Latina. Entre los años 1930-1950, la lucha contra la oligarquía por posiciones económicas y el poder político la llevó adelante la burguesía industrial a través de fórmulas populistas que le permitieran arrastrar a la pequeña y mediana burguesía rural y urbana, el proletariado urbano y las capas medias. Esta alianza permitió a cada componente algunas reformas que convenían a sus intereses inmediatos, además del crecimiento económico, del que se beneficiaron de conjunto. Sin embargo, fue la burguesía industrial —y casi inmediatamente, su sector monopolista y la emergente fracción financiera de la burguesía— la que logró recomponer un orden social favorable a sus intereses. Una vez lograda, los términos de la alianza se modificaron y se reconstruyó el pacto político entre las fracciones agraria e industrial de la burguesía y los sectores medios. El orden económico y político y la hegemonía alcanzada por el reformismo burgués hicieron crisis rápidamente, apenas dos décadas después de instaurados, con diferencias por países según la base social popular de la alianza y el grado de autonomía económica alcanzado. Para entonces las consecuencias de la hegemonía burguesa sobre el movimiento popular y el saldo de las reformas alcanzadas dejaban bien clara la necesidad de concebir en lo adelante cualquier reformismo con y bajo

nuevos actores sociales, nuevas alianzas y nuevas y más profundas metas de cambios en lo económico, lo social y lo político.<sup>5</sup>

En este proceso los partidos tradicionales de derecha, conservadores y liberales, fueron suplantados por partidos de centro, demoliberales y populistas, como expresión de nuevas alianzas políticas y de nuevas fuerzas sociales incorporadas al sistema político. Sin embargo, la crisis posterior dejó en pie los aparatos partidarios con sus mecanismos y su clientela política. El retorno de viejos partidos oligarcas evidenció la recomposición de las clases dominantes; el reformismo pasó a manos de los partidos pequeñoburgueses con influencia en la clase trabajadora, pero en el mismo espacio y cumpliendo el mismo papel que los viejos partidos populistas. Algunos de estos partidos se fueron haciendo cada vez más burgueses y proimperialistas caso de la democracia cristiana y otros trataron de preservarse como alternativa a los partidos reformistas burgueses, como en el caso del social reformismo.

Estos agrupamientos y partidos socialreformistas fomentaron e incorporaron a su vez, como parte de su base social y política, a amplios sectores populares, organizados sindical y gremialmente. Pero ni siquiera esta vía ha permitido a los nuevos partidos socialreformistas restituir la base social de que antes dispuso el reformismo populista. La clase obrera, si bien no ha podido ser hegemonizada por los partidos de inspiración obrera, menos aún ha podido reinsertarse en una opción social reformista creíble. Puede considerarse al respecto la hipótesis de algunos autores en el sentido de que el tipo de dominación capitalista e imperialista que predomina en América Latina no admite que un partido obrero sea a la vez reformista, porque la crisis histórico-estructural de las sociedades de nuestros países hace que la revolución social se presente como la única solución para un partido obrero. No obstante, parecería que el desgaste de los partidos reformistas tradicionales, la influencia ideológica del reformismo y el economicismo, las necesidades inmediatas del movimiento obrero y la falta de alternativas de derecha o izquierda viables, dejan un espacio en el sistema político que podría cubrir el social reformismo, si lograra una mayor ascendencia sobre el movimiento obrero de uno u otro país de la región —y particularmente en los de un pasado populista.

Al retornar a la visión de conjunto, se puede constatar que en las últimas décadas las sociedades de América Latina y el Caribe han mostrado un creciente nivel de movilización social y de lucha política. El flujo y reflujo revolucionario, las demandas de cambios por parte de las clases y capas dominadas y el agotamiento del sistema político han presionado sobre el sistema de dominación agravando su inestabilidad y amenazando su subversión. Algunos factores internacionales han favorecido el auge de las luchas de clases y políticas, principalmente las contradicciones interimperialistas, los cambios en la correlación de fuerzas mundial a favor del campo socialista y el movimiento de liberación nacional y la consolidación y logros de la Revolución Cubana, que se presenta como la alternativa real a las

---

<sup>5</sup> Cfr. Guillermo Ungo: “Socialdemocracia y clases sociales”, En Perfiles de l. socialdemocracia en Centroamérica, CEDAL. San José de Costa Rica, 1979.

sociedades capitalistas de la región. Por el contrario, el imperialismo norteamericano, agotando su alternativa reformista —caso de la “Alianza para el Progreso”— o fomentando y apoyando la violencia institucional, como en los casos de las dictaduras neofascistas, el terror de Estado y las tareas de contrainsurgencia, ha devenido la última y casi única garantía del sistema y su dispositivo contrarrevolucionario y antirreformista por excelencia.

Pero otros factores nacionales han favorecido y/o incidido en este auge de la lucha social. Por un lado, la definitiva alineación burguesa junto al imperialismo con la subordinación de la burguesía industrial al capital transnacional y con el ascenso hegemónico de la burguesía monopólico y financiera. De esta manera el reformismo burgués se ha sustituido por el reformismo burgués monopolista —es decir, las políticas de redistribución de la riqueza por su concentración, la inversión nacional por la extranjera. y el mercado interno por el exterior—, bajo un nuevo proyecto de acumulación capitalista dependiente para la región. Por otro lado, a pesar de la sistemática e ilimitada represión establecida, los sectores políticos de izquierda, como expresión de sus bases sociales movilizadas, han podido ampliar su influencia político-ideológica, elevar el nivel de organización política de la lucha popular y hasta dar lugar a partidos, organizaciones y líderes políticos que coinciden con el objetivo de una profunda transformación de la sociedad y de su orden social y político.

Bajo esta agudización de la lucha de clase, de polarización política y de opción imperialista por la defensa a ultranza de sus intereses en el área y la restructuración del sistema de dominación a favor del capital transnacional, las instituciones democrático-burguesas se ven amenazadas o son abrogadas por las clases gobernantes. En consecuencia la restitución de los derechos individuales y políticos, la democracia representativa y el sufragio libre se convierten en objetivos de lucha comunes a los sectores burgueses desplazados del poder, los grupos políticos de oposición, de ascendencia pequeñoburguesa y/o de izquierda y el movimiento popular. En este contexto el social reformismo tiene un espacio político en el que las reformas aparecen asociadas a la restitución del orden democrático burgués o democrático popular, según el caso.

## **LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICA**

Como un efecto del proceso de desnacionalización, de pérdida de hegemonía de las clases dominantes y de la agudización de las contradicciones sociales y luchas de clases, las ideologías políticas tradicionales han precedido unas veces —y seguido otras— a la crisis generalizada en la región. Ideologías tradicionales como el conservadurismo, el liberalismo, el populismo, el socialcristianismo y otras han venido perdiendo paulatinamente influencias y portavoces.

A pesar del incremento de su poder y alcance, los aparatos ideológicos han perdido su eficacia desmovilizadora, tanto como un efecto de la contraideología de los movimientos populares como de contradicciones internas. La Iglesia ha visto cada vez más dividida sus bases y afectadas sus jerarquías; el sistema educacional se ha

mostrado cada vez más comprometido con los poderes constituidos o con los sectores populares; los medios de comunicación masiva, cada vez más alienantes y políticamente menos creíbles, se han visto trabados por las exigencias del mercado y la opinión pública. Las capas intelectuales se ven cada vez más polarizadas entre una defensa del sistema y una demanda de cambio; crece el número de los intelectuales orgánicos del movimiento popular y su potencial contraideológico. En esta situación se eleva la influencia ideológica del reformismo social en sus innumerables versiones de “tercera vía”, “reformas pacíficas”, “bajo costo social”, “justicia y democracia” y “derechos humanos”. Las afinidades culturales con Europa, cierto lenguaje al uso entre sectores de izquierda y la acción del socialreformismo internacional han sido condiciones que han favorecido esta influencia,

En general estas ideologías expresan las expectativas de sectores de la pequeña burguesía, de las capas medias y la clase trabajadora, de alcanzar satisfacción a sus demandas bajo un régimen burgués modernizado, un sistema político democrático-burgués y un gobierno civil virtuoso e ilustrado.

Se puede resumir este breve examen de un posible espacio socialdemócrata en las sociedades latinoamericanas y caribeñas afirmando que, efectivamente, existe; pero que es superestructural y por consiguiente temporal y precario. En la dimensión económica los límites al excedente económico y la tendencia descendente de la tasa de ganancia, en condiciones de sobreexplotación de la fuerza de trabajo y sostenido deterioro de los términos de intercambio, dejan sin objetivo real cualquier política de reformas que no sea redistributiva. Sociológicamente, el acelerado crecimiento del proletariado y de los asalariados en general ha ido acompañado de un crecimiento paralelo de las capas marginales del campo y la ciudad; la distribución del ingreso se ha polarizado más aún y ha incrementado la masa de población en la pobreza y/o miseria; las capas medias son igualmente afectadas y en algunas sociedades la segregación étnica perjudica a sectores importantes y hasta mayoritarios de la población. Ninguna política reformista puede pasar de paliar las determinantes de esta situación que, a su vez, no puede superarse sin lacerar severamente los privilegios de las clases dominantes.

Por otra parte, en la dimensión política no es posible proponer un programa de independencia y desarrollo social sin enfrentar al imperialismo norteamericano. De igual modo —puesto que la viabilidad del cambio o de reformas pasa por el control estatal— el Estado no puede preservarse como el Estado burgués formalmente definido, ni tampoco modificarse sin enfrentar a la alianza de las clases dominantes y al imperialismo. Sólo la movilización de las fuerzas populares podría neutralizar y controlar la maquinaria del Estado burgués, pero estas fuerzas imponen por definición un programa de cambios y una constelación de intereses que implican pasar a una democracia popular y a objetivos socialistas. Este programa y esta lucha no pueden llevarse adelante cooptando o sustituyendo a los viejos partidos reformistas burgueses y/o populistas, independientemente de que existan condiciones que permitan a partidos pequeñoburgueses presentarse como alternativas viables a ciertas reformas inmediatas. La influencia de las revoluciones en curso en la región

—Cuba, Nicaragua— y de los grupos políticos de izquierda estrecharán el espacio político-ideológico del reformismo, pero dejarán lugar para las ideas socialreformistas de base popular ligadas a las conquistas de las libertades democráticas.

De ahí que pueda concluirse que el espacio reformista en América Latina y el Caribe —con obvias diferencias entre países— es estrecho y sólo puede ser ocupado por un socialreformismo organizado bajo un programa radical que apunte cambios estructurales y un antimperialismo consecuente.

## **EL ESPACIO SOCIALDEMÓCRATA EN CENTROAMÉRICA**

Al examinar las condiciones objetivas para un espacio socialdemócrata en Centroamérica, hay que partir de los aspectos examinados para la región latinoamericana con la salvedad de que algunos de ellos se presentan en otra escala y agueza. Antes debe retenerse que Centroamérica constituye la subregión más atrasada económica y socialmente de toda la América Latina y que su ubicación geográfica determina con mayor fuerza las incidencias geopolíticas sobre sus sociedades. Por otra parte, la subregión centroamericana puede ser entendida como una sola sociedad, ocasionalmente dividida en Estados que no son definitivamente nacionales. Las diferencias locales son menos determinantes que sus semejanzas. Como anteriormente, aquí se examinará la subregión en sus distintas dimensiones, a fin de esclarecer el espacio real de los reformismos.

## **LA DIMENSIÓN ECONÓMICA**

La sociedad o sociedades centroamericanas han estado dominadas por la agroexportación hasta el día de hoy. En los países de esta subregión el llamado modelo agroexportador ha tenido la versión extrema de sus consecuencias. De la exportación a un imprevisible mercado mundial ha dependido el beneficio, la acumulación y el empleo nacional, en tal medida que sus variaciones más leves se convierten en crisis económicas y sociales recurrentes. Los intentos de modernización del sector agrario desde los años 30 no alcanzaron a modificar las relaciones de explotación, cuyo carácter extensivo ha sido en todo tiempo la garantía del beneficio.

A partir de las décadas del 50 y del 70 se alcanzó por un lado una ampliación y diversificación del sector agropecuario y por otro una cierta industrialización basada en la sustitución de importaciones y en la constitución de un Mercado Común Centroamericano (MCCA). Ello posibilitó la diversificación de las exportaciones y de los intercambios. Sin embargo, la falta de una ampliación real del mercado-interno por la no redistribución del ingreso y el carácter de las industrias —de “toque final”, de tecnología obsoleta y gran consumidora de energía—, elevaron el componente importado de este sector y en consecuencia la proporción de las importaciones en el producto bruto y en su porcentaje de las exportaciones. La obtención de divisas para saldar el déficit de pagos y las nuevas inversiones por vía

del crédito internacional, público y privado, han sumido a las economías de la región en una situación de insolvencia estructural.

Pero como señalan Cohen y Rosenthal,<sup>6</sup> lo más característico ha sido el carácter “aditivo” que las nuevas actividades económicas —industria, turismo, comercio— tuvieron sobre la estructura socioeconómica básica, la agroexportadora. La diversificación de la economía no modificó esencialmente el modelo ni superó las condiciones sociales preexistentes. La economía de la subregión se ha hecho más dependiente, más abierta y más vulnerable, aun cuando presentara hasta mediados de los 70 un crecimiento que permitió duplicar el ingreso real per cápita y multiplicó por 16 su comercio exterior.

Este proceso no sólo ha dejado intacta la cuestión agraria, sino que arriba a sus primeras manifestaciones monopolistas, con un capitalismo agrario degradado y una industria casi artesanal. La limitada presencia del capital internacional, no obstante su importancia en Guatemala, no hace más “nacionales” a estas economías, crecientemente subsidiadas. El excedente económico y la ganancia descendieron y en igual medida se incrementó la exportación de capitales y los gastos suntuarios. En este marco toda redistribución de un excedente cada vez más estrecho, bien por la vía pública o la privada, y toda reforma en las condiciones del trabajo y de la explotación, afectarán el margen de beneficio del capital y confrontarán sus intereses fundamentales.

## **LA DIMENSIÓN SOCIOLÓGICA**

Reforzando las tendencias latinoamericanas, la población de Centroamérica constituye una de las más jóvenes, mestizadas y de más rápido crecimiento. Su distribución geográfica sobre ese territorio es sumamente desigual, atendiendo a las diferencias históricas y a la distribución económica. Una fuerte tasa de crecimiento demográfico tiende a anular el crecimiento económico y a agravar las condiciones sociales.

Los resultados estructurales del modelo agroexportador en Centroamérica, en la llamada formación social centroamericana, han sido prolijamente estudiados, y entre ellos la estructura de clase, que se presenta como un conjunto de clases de formación inacabada y donde a cada clase y fracción de clase le corresponde un extenso grupo en transición. Así, en el área urbana la emergente gran burguesía industrial es aún en gran medida la propia fracción agroexportadora diversificada; la pequeña y mediana burguesía la conforman artesanos en proceso de acumulación; el proletariado industrial lo integran recientes obreros agrícolas o desempleados urbanos.

En el área rural la fracción agroexportadora tradicional —cafetaleros, ganaderos— son terratenientes que han capitalizado. La nueva burguesía agraria —algodoneros, arroceros, cañeros— está compuesta por comerciantes o capas medias vueltos empresarios; el campesino no logra consolidarse sobre su parcela y da lugar a un

---

<sup>6</sup> Cfr. Isaac Cohen y Gert Rosenthal: “Las dimensiones del espacio de la política económica en Centroamérica”. En Centroamérica: futuro y opciones. Selección de Oiga Pellicer y Richard Fagen. FCE, México, 1983, pp. 185-201.

abundante semiproletariado rural; los obreros agrícolas son campesinos despojados de sus tierras. Visto el proceso en su conjunto, cada clase y fracción de clase conserva fuertes rasgos de su origen y carece de otros que son propios de su situación de clase. Las capas marginales, rurales o urbanas crecen constantemente alimentadas de sectores desclasados y campesinos.

En general, la diferenciación de las clases dominantes no constituye una diversificación de los grupos sociales sino del capital, así como la diferenciación de las clases dominadas no es una diversificación de las relaciones de explotación sino de los grupos sociales. A todo ello se suma la existencia en casi todos los países de la subregión de diferenciaciones étnicas y de masas indígenas, cuya inserción en la estructura social es muy débil —los casos de Nicaragua, Honduras y Costa Rica— o parcial, como ocurre en el caso guatemalteco. Los factores de segregación y/o marginalidad funcionan como reforzamiento de las relaciones de explotación.

Otras consecuencias son las agudas desigualdades sociales que en Centroamérica presentan un panorama aterrador de injusticia y miseria popular. A la vez que ha sumido a la mayor parte de la población bajo condiciones de subsistencia, la concentración extrema del ingreso ha estorbado la formación de capas medias o de capas trabajadoras acomodadas. Todos los indicadores de nivel y calidad de vida apuntan a una creciente marginalidad de la mayor parte de la población trabajadora de los bienes sociales y económicos, independientemente de la aparente mayor estratificación de la población en su conjunto.

El examen de esta estructura de clase y del nivel de explotación sugiere un estrecho espacio social reformista atendiendo a la ausencia de fracciones burguesas que contiendan acerca de modernización o tradición; el carácter sumariamente subordinado de la pequeña y mediana burguesía al gran capital; la radicalización de las capas medias sin expectativas de ascenso social; la radicalización y movilización de las clases trabajadoras. Como se ha probado, todo proyecto de cambios —radicales o no— implicaría una agudización de la lucha de clases y una mayor movilización de las clases y capas populares.

## **LA DIMENSIÓN POLÍTICA**

En el caso de Centroamérica la articulación del imperialismo norteamericano con el sistema de dominación en sus instancias global y local ha alcanzado históricamente sus formas más ominosas y su presencia más desembozada. La imposición por el imperialismo de sus llamados “intereses estratégicos” para la subregión ha determinado la historia, la organización política y el régimen de explotación de sus sociedades, bajo su abierta y directa intervención económica, política y militar. Ello ha dado lugar a que sobre las condiciones del mayor atraso social y económico y la consecuente estructura de clase se haya impuesto un sistema político formal, centrado en la existencia de un Estado de excepción que se caracteriza por las inacabables dictaduras militares, el terror institucionalizado y las campañas de contrainsurgencia. Una de sus funciones consiste en la garantía de los intereses imperialistas y el poder político de las clases dominantes. Este modelo de

dominación, reducido a imperialismo y dictadura, ha caracterizado la subregión como la zona latinoamericana con el más bajo nivel de independencia nacional y desarrollo social: aquella en la que la solución histórica de la autonomía y el cambio social implican como mayor fuerza la confrontación con el imperialismo y el establecimiento de un Estado popular.

Bajo un sistema de dominación que constituye apenas una extensión de la dominación imperialista sobre la región, las alianzas de clases y fracciones de clases se han sostenido en el tiempo con leves variaciones. Las clases dominantes - terratenientes, burguesía agroexportadora o industrial, sectores de la pequeña y mediana burguesía, capas burocráticas y militares han cerrado filas, tras un Estado que los ampara con su violencia. Las clases y capas dominadas —proletariado, campesinado, sectores de la pequeña y mediana burguesía, capas de trabajadores intelectuales, marginales— han sostenido una oposición política de difícil expresión orgánica pero de alto nivel de combatividad y heroísmo.

Los partidos políticos burgueses admitidos han sido elementos de baja representación cuya principal función consiste en negociar intereses entre fracciones y/o sectores dominantes. Los partidos y movimientos de base popular han sido sistemáticamente proscritos y reprimidos, particularmente aquellos enfrentados al sistema político y/o de dominación.

Los partidos y organizaciones socialreformistas han constituido sus bases en sectores radicalizados de las capas medias y sectores reformistas del proletariado urbano y rural. La ausencia de democracia política ha hecho de la misma un objetivo común a todos, las clases y capas dominadas, cuya movilización incluye necesariamente las reivindicaciones populares. La experiencia histórica —represión, fraude electoral, políticas de terror—, ha hecho evidente a los sectores socialreformistas que los cambios más leves en la situación y estructuras de sus sociedades comportan cambios políticos y sociales que barran con las oligarquías locales y se enfrenten al imperialismo,

Tras largos años de represión y lucha, el movimiento obrero y popular ha alcanzado a constituir una vanguardia política en una o diversas organizaciones que mediante la lucha armada popular ha logrado alcanzar el poder político en Nicaragua y disputarlo a las clases dominantes de El Salvador y Guatemala.

Estas organizaciones movilizan tras sí al conjunto de las fuerzas populares, incluidas aquellas de tendencia reformista, y cubren todo el espacio político de las fuerzas sociales interesadas en subvertir el sistema de dominación. El socialreformismo no dispone de un espacio propio, pero puede movilizar y representar fuerzas sociales que, unidas a las fuerzas populares revolucionarias, alcancen a conquistar el poder político y llevar adelante un programa de interés común de transformación social, desarrollo económico e independencia nacional.

## **LA DIMENSIÓN IDEOLÓGICA**

El carácter del sistema de dominación en Centroamérica ha dado a la lucha de clases y política una dimensión ideológica que se tipifica por el carácter contrapuesto y



nítido de las ideas y corrientes de ideas predominante. El ejercicio del poder por las clases dominantes es menos legitimado que justificado en términos del feroz anticomunismo, el racismo y la conservación de los privilegios tradicionales. Las fuerzas populares se representan bajo el antimperialismo, el radicalismo y el socialismo. La agudización de las luchas de clase constituye también una agudización de la lucha ideológica, que distancia e identifica los grupos sociales y alianzas políticas en lucha si no es que escinden con su compromiso y su proyecto de sociedad a las instituciones y aparatos ideológicos constituidos. La radicalidad de las fuerzas conlleva la de las ideas, y éstas no dejan espacio a ideologías intermediarias. Al resumir este otro examen del espacio socialdemócrata en Centroamérica puede advertirse la presencia de muchos de los rasgos señalados para la región latinoamericana y caribeña, pero manifiestos en las formas más extremas. Las economías de la región se han desacelerado hasta casi detener su crecimiento; el excedente económico tiende a cero y la crisis financiera las ha tornado insolventes. El modelo agroexportador estalla bajo una crisis social generalizada y no es posible reformarlo. Existe una estructura de clases con una leve diferenciación de sus capas dominantes, poco desarrollo de las capas medias y un amplio espectro de clases y capas dominadas que comparten iguales reivindicaciones; presenta un nivel de antagonismo y lucha de clases que con sus respectivas expresiones políticas se oponen de manera forzosamente violenta y excluyente; se da un sistema político resumido en un Estado represor que no deja espacio a ninguna forma de régimen o cambios que no impliquen una revolución política popular y democrática. El carácter inconcluso de las tareas históricas de la liberación nacional y el desarrollo social se halla en la subregión pendiente de su solución y enfrentado a la dominación directa del imperialismo norteamericano. No resultan posible reformas sin una consecuente opción antimperialista. Las consecuencias económicas, sociológicas y políticas del sistema de dominación oligarca-imperialista en la subregión han dado lugar al surgimiento de una vanguardia política y a la más amplia movilización de fuerzas sociales en una guerra popular. El triunfo de ese movimiento en Nicaragua y la influencia de la Revolución Cubana han fortalecido y extendido dicho movimiento y constituyen las premisas de todo cambio real en Centroamérica. La polarización social y la lucha política han rebasado las ideologías tradicionales, que se ha reducido a una expresa justificación de los intereses en pugna. En este entorno, los partidos y organizaciones reformistas no logran disponer de una base social propia ni de una clientela política de peso. La ausencia de sectores burgueses reformistas y la radicalización de las capas medias hacen que estas fuerzas se identifiquen con los intereses populares en condiciones en las que ya no es posible realizar cambios o reformas en las sociedades centroamericanas sin revolucionar sus instituciones políticas y sociales. En Centroamérica toda formación socialreformista que luche consecuentemente por la independencia, la democracia y la justicia social, tendrá que aliarse al movimiento popular y a su vanguardia política.